

DEBATE *La universidad de Europa* / ANDREU MAS-COLELL

A vueltas con Bolonia

La inserción en el nuevo espacio europeo de educación superior es un reto en el que nuestras universidades se juegan nada menos que su competitividad en Europa. El éxito o el fracaso serán fácilmente medibles en unos diez años. Si, por ejemplo, los estudiantes españoles son grandes usuarios de posgrados en otros países y nosotros tenemos pocos usuarios no españoles, o pocos usuarios exigentes, las cosas no irán bien.

La suerte no está echada, todavía. Pero la adaptación al proceso de Bolonia, la tarjeta de entrada al espacio europeo, no se está desarrollando con la efectividad que sería conveniente. Enumero a continuación cuatro insuficiencias principales.

A. MAS-COLELL, *catedrático de la UPF*

En primer lugar, se han querido hacer demasiadas cosas a la vez. No era necesario llevar a cabo simultáneamente una renovación de métodos pedagógicos, un cambio importante en la estructura de ciclo temporal de los estudios universitarios (ésta era propiamente la exigencia del proceso de Bolonia) y un nuevo catálogo de titulaciones.

En segundo lugar, nos está faltando prudencia y realismo económico. Existe la tentación de diseñar un sistema bastante costoso con la ingenua esperanza de que, si se lleva adelante, la financiación pública aparecerá. No será así, como no lo fue con la Logse. Me temo que nuestra sociedad, como la europea, va a tener otras prioridades (la dependencia o la sanidad, por ejemplo). La consecuencia de este *error de previsión* puede ser desastrosa: una pérdida de calidad, cuando ga-

nancia es lo que se busca. Es lo que ocurrirá si, por ejemplo, se sustituyen masivamente clases magistrales por tutorías y luego no hay recursos para las tutorías (éstas han creado dificultades económicas incluso a Cambridge y Oxford).

En tercer lugar, ha faltado liderazgo en un tema que lo requería. Intuyo que no ha sucedido por falta de ideas, sino más bien por una bienintencionada voluntad de consenso. Ahora bien, la delegación en las universidades, es decir, en los profesores y sus múltiples, y legítimos, grupos de interés, de tareas como la extensión temporal del grado o el catálogo de titulaciones (por otro lado innecesario), ha sido un error. Ha provocado, por ejemplo, el pintoresco fenómeno de que cuando Europa está moviéndose a grados de tres años, nosotros estamos convirtiendo titu-

laciones de tres años perfectamente adaptadas a Europa en titulaciones de cuatro años.

En cuarto lugar, hay desorientación sobre qué hacer con el posgra-

NO ES APROPIADO
adoptar una estrategia
reglamentista y dirigista
cuando no se sabe
adónde se va

do. Esto, en sí mismo, no es malo y es incluso comprensible. Lo que no es apropiado es adoptar una estrategia reglamentista y dirigista cuando no se sabe adónde se va. Mejor es, en estos casos, abrir el territorio

y dejar que la creatividad de la vida trace los nuevos caminos.

Pero insisto que un mal resultado no está consumado. Todavía hay tiempo para conducir (¿reconducir?) el máximo número sensatamente posible de titulaciones hacia los tres años de duración. O para adoptar una actitud no dirigista respecto al posgrado, sustituyendo, por ejemplo, sistemas de autorización previa por acreditaciones posteriores. O para empezar a implantar un programa de pago aplazado (y contingente al nivel de renta) para los estudios universitarios de posgrado (una política que hasta un Giddens recomienda).

Las tareas anteriores probablemente no sean las únicas decisivas a largo plazo (donde las políticas de profesorado y de gobernación pesarán mucho), pero son ciertamente las más urgentes. ●